

CAPÍTULO IV

EL ILLMO. SR. SOLLANO Y LA ESCOLASTICA.

UNA de las grandes glorias del Illmo. Sr. Sollano, la que después de su virtud lo hace aparecer colocado á una notable altura, es la de haber sido en México el más constante conservador y el más entusiasta restaurador de la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Por eso, al publicar en su vigésimosegunda "Carta Pastoral" la Encíclica "*Æterni Patris*" del Sr. León XIII, decía: "Damos principio rindiendo á Dios las más humildes gracias porque se ha dignado confirmar con el oráculo del Vaticano cuanto Nós habíamos hecho ya por la doctrina del Angélico Doctor, á quien desde nuestros más tiernos años hemos profesado singular devoción, á cuya escuela debemos cuanto hemos podido atesorar en el inagotable campo de las ciencias, por poco que ello sea, pudiendo decir con Cicerón de Arquias: *totum quantumque sit.* cuya doctrina hemos defendido siempre."

de los tratados que fueron asunto de la cátedra, el de “SS. *Trinitatis Mysterio.*”

Cursó en 1840 el tercero y último año de teología, estudiando toda la asignatura de la cátedra y en lo particular los tratados de “*Incarnatione*” y el “*De regulis fidei.*”

El éxito de todo su curso de teología proporcionóle nuevos triunfos, porque no obstante que siguió siendo su opositor el Illmo. Sr. Don Agustín de Jesús Torres, en los años primero y tercero obtuvo el Acto Público en la Universidad, y en los tres ganó la suprema calificación, no pudiendo haber tenido el “Acto Público” en el segundo, que igualmente ganó por la calificación que obtuvo, porque á causa de la revolución de 15 de Julio de 1839, los exámenes del Seminario no se verificaron á su debido tiempo, sino hasta el mes de Octubre, en que ya no había lugar á esas funciones.

En los exámenes de los tres años del curso de teología consiguió siempre, según acabamos de indicar, la suprema calificación, y en el último obtuvo, además, el premio de la fundación del Illmo. Sr. Haro, pues no se limitó á presentar la materia que se había señalado para cada uno de los años de aquel curso en la cátedra, sino que gratis sujetó á examen tres disertaciones del P. Billuart, la obra íntegra “*De Religione,*” cuyo autor es Bailly, el tratado “*De Trinitatis Mysterio*” y de rigurosa memoria todo el libro de “Los Hechos Apostólicos,” con las notas del Illmo. Sr. Scio de San Miguel, y “Las vindicias de la Biblia” por Du Clot.*

En el año de 1841, después de llenar todas las prescrip-

* Véanse los documentos núms. 5 y 7.

ciones que señalaban los estatutos de la Universidad, se graduó en ella de Bachiller en teología, sufriendo con este motivo de nuevo un examen de dos horas.

Aquel afán que siempre tuvo el Illmo. Sr. Sollano de ilustrarse, no pudo dejarlo conforme con el estudio de teología que había hecho, sino que quiso añadir en seguida el del Derecho Canónico, que por espacio de otros dos años cursó con el carácter de aficionado, concurriendo á la cátedra que por entonces desempeñaba en el Seminario de México el Illmo. Sr. Ormaechea, personaje que, como es bien sabido, no sólo fué gloria de la elocuencia sagrada, sino una de las lumbreras del foro eclesiástico. Este Illmo. Obispo de Tulancingo siempre se glorió de haberlo tenido por discípulo; fué su constante amigo, y aun hizo mérito de lo primero al dar el pésame al Cabildo de León.*

El afamado Colegio de Minería, que con harta razón y por largos años se distinguió en el cultivo y progresos en las ciencias naturales, á que con dedicación admirable se dedicaban sus alumnos, también contó entre sus estudiantes al Illmo. Sr. Sollano que, cuando enseñaba como catedrático la filosofía en el Seminario Conciliar, vino á cursar Química al Colegio de Minas para provecho de los caros discípulos que le habían confiado.

En 1847, con motivo de la invasión Americana, deseando ser útil, para confesar á los soldados católicos que se enfermaban entre los mismos invasores, también se dedicó y estudió el idioma inglés con notable provecho.

* Véase el documento núm. 8.

Como podrá observarse por lo dicho, el Illmo. Sr. Sollano no se dió por satisfecho con lo que parecía que era suficiente en materia de ciencia para ser un distinguido eclesiástico, sino que quiso añadir todo lo que pudo de los otros conocimientos humanos que pudieran serle útiles.



CAPÍTULO VI

EL ILLMO. SR. SOLLANO Y EL SEMINARIO DE MEXICO.

EN la admirable y nunca bien ponderada Compañía de Jesús, en la que el número de sus sabios es casi comparable con el de los miembros que reúne su seno, hay la costumbre de que sus jóvenes después de haber hecho sus cursos escolares pasen en seguida á enseñar en las cátedras lo que aprendieron; esto es un segundo aprendizaje en donde se profundizan las materias que antes cursaron como estudiantes.

El Seminario de México, que contó al Illmo. Sr. Sollano como á uno de sus muy distinguidos alumnos, se gloria igualmente de haberlo tenido por uno de sus profesores, directores y constantes favorecedores en las épocas más aciagas por que atravesó.

Por el año de 1841 se inició el magisterio del Illmo. Sr. Sollano en la cátedra de idioma francés, que le fué confiada, y que desempeñó por seis meses á satisfacción de sus superiores con notorio aprovechamiento de sus discípulos.

Según su propio testimonio, “á esa ciencia debía cuanto había podido atesorar en el inagotable campo de las ciencias,” y esto lo confesaba á la edad de cincuenta y nueve años, y cuando todo el mundo reconocía en él á uno de los hombres más sabios de su tiempo. La Escolástica era esa ciencia que, tal como nos la legó Santo Tomás, “es la única ciencia filosófica completa, el único organismo científico verdadero, al que es posible añadir nuevas verdades arrancadas por el estudio á los secretos de la realidad; pero al que no es dado á nadie cercenar, variar ni corregir.”

“En ella resplandecen los caracteres propios de toda ciencia filosófica: unidad en el principio que la informa y en el fin que la determina; variedad en los métodos y en los modos de su desarrollo y de su acción. La ontología es su fundamento inamovible; la lógica es la ley suprema de su existencia; la teología, la cúspide culminante de su organismo; la moral, la ciencia social y política, el campo de aplicación práctica de las conclusiones de sus elevadas especulaciones metafísicas; la perfección suprema del hombre, su fin. Ciencia abstracta como toda ciencia filosófica digna de este nombre, pone en relaciones sus medios con su objeto, y aplica el entendimiento á las necesidades inteligibles, conteniendo en su justo límite á la fantasía que seduce, al sentimiento que arrastra, á las pasiones que extravían.”

“Profundamente analítica en sus investigaciones, comprensivamente sintética en sus afirmaciones, es armónicamente mixta en sus enseñanzas, solícita sólo de la inquisición de la verdad objetiva; no se cuida, ni de las cuestiones

que indirectamente plantea, ni de los poderosos problemas que al acaso suelta, ni de las aparentes armas que proporciona á sus adversarios; fijos los ojos en la verdad que anhela, avanza sin detenerse ni mirar atrás, serena, firme y reposada.”¹

Cuando se acaba de saborear este brillante trozo de Pidal y Mon, que no puede ser ni más elocuente ni más verídico, y se desconoce la historia de las vicisitudes por donde ha tenido que pasar la Escolástica, podrá exclamarse: ¡Nada más natural que el Illmo. Sr. Sollano, desde que por primera vez penetró en el vestíbulo de la ciencia haya seguido una doctrina tan segura y tan buena! En efecto; si atendemos tan sólo á la notable inteligencia y claro talento del Illmo. Sr. Sollano; á la supremacía y precisión de la doctrina Escolástica, y esto lo contemplamos durante el penúltimo lustro del siglo diez y nueve, después que ya León XIII habló en favor de esa doctrina, que indicó era la más segura, y llegando aún más allá, añadió: “con grave empeño os exhortamos á que, para defensa de la fe católica, bien de la sociedad é incremento de todas las ciencias, renovéis y propaguéis ampliamente la áurea sabiduría de Santo Tomás;”² nada más natural que nuestra exclamación, que, sin embargo, para ser justa le falta un importantísimo factor, y es que, cuando el Illmo. Sr. Sollano se dedicó al estudio de esa doctrina, y todo el tiempo que vino sosteniéndola, fué precisamente en una época en que las agitaciones de la escuela,

1 Pidal y Mon, “Santo Tomás de Aquino,” parte IV.

2 Encíclica del Sr. León XIII “*Aeterni Patris*.”

los esfuerzos de la impiedad contaminando á los mismos buenos, y casi la contrariedad universal, eran el patrimonio de los que se dedicaban á cultivarla y defenderla.

La Escolástica, por los años de 1838, en que era estudiante el Illmo. Sr. Sollano, y hasta que en el año de 1879 publicó el Sr. León XIII su ya citada Encíclica, había sido acusada de que era una filosofía que se hacía sierva de la teología; que sufría humilde el yugo de Aristóteles, que trataba cuestiones inútiles; que hacía uso de una serie indigesta de silogismos encadenados, y por último, que impedía el desarrollo de las ciencias naturales. En esa época á la que el sabio Monseñor Gaume llama con justicia, “de aberraciones que han sido tan funestas al clero, á los fieles, á la Iglesia y á la sociedad entera,” * fué cuando el Illmo. Sr. Sollano agitó en sus manos, sin más prestigio al principio que el de su talento, el estandarte que lo ponía al lado de los que, como el mismo Monseñor Gaume, el Eminentísimo Cardenal González, el R. P. Ventura de Ráulica y otros, ardientemente trabajaban por la restauración de aquella doctrina.

Sólo en nuestro país, sin guía y únicamente lleno de convicción y de fe, comenzó á profundizar sus conocimientos en aquella ciencia que, por más que contara con la aprobación de innumerables Sumos Pontífices, tenía en su contra á la mayor parte de los hombres que por entonces se titulaban sabios.

La misma doctrina escolástica de Santo Tomás presenta al principio, para el que no la ha estudiado, graves dificultades,

* Monseñor Gaume: “Tratado del Espíritu Santo;” Introducción.

porque si bien es cierto “que después de la oración y de la lectura de las Sagradas Escrituras no hay baño intelectual más saludable y refrigerante que el estudio de las obras de Santo Tomás; sin embargo, como es necesario sumergirse por completo en ese río, y dejarse casi absorber por sus aguas bienhechoras, la primera impresión es un poco fría á causa de su forma que á muchos parece semejante á una faja de hielo, y entonces es indispensable comparar la felicidad de su verdad por medio de un acto de valor que es de pocos, y que sólo al salir de él es cuando la inteligencia está más activa y más vigorosa.” * Para sumergirse en ese baño y no naufragar en él, contó el Illmo. Sr. Sollano con dos poderosos elementos que se añadieron á su talento: la devoción que profesó al mismo Dr. Angélico y de la que da testimonio en su citada vigésimoprimera Pastoral cuando en ella asienta estas palabras: “el mismo Dr. Angélico, á quien desde nuestros más tiernos años hemos profesado singular devoción,” y la grande constancia en el estudio de esas doctrinas.

Las doctrinas de Santo Tomás, que supo asimilarse, fueron las que le proporcionaron los grandes triunfos que obtuvo en su carrera; las que le conquistaron el merecido título de sabio, y las que le hicieron poder colocarse en un punto tan culminante al tratar las diversas cuestiones que formaron durante toda su vida el asunto de sus muchos escritos científicos.

Si en sus veintidós Cartas Pastorales lo vemos profundi-

* R. P. Millet: “Jesus vivant dans le pretre.”

zando las Santas Escrituras, dando importantes lecciones al clero para su santificación y ejercicio de su alto ministerio, asentando las verdaderas bases del poder y de la política cristiana, desenmascarando al protestantismo y á la masonería y señalando el fundamento de la enseñanza católica, bastará darles una simple ojeada para persuadirse que aquella profundidad y solidez de doctrina eran el fruto de los largos estudios hechos en las doctrinas de Santo Tomás, á quien cita á cada paso.

Los estudios que sobre la doctrina del mismo santo comenzó á hacer desde el principio de su carrera literaria, lo pusieron en aptitud de dar más tarde á luz aquellas publicaciones como la "*Theologica de Immaculata Conceptione. B. V. Mariæ dissertatio*" y la "*Theologica disquisitio*," que bastan para inmortalizar su nombre.



CAPÍTULO V

EL ILLMO. SR. SOLLANO CURSANDO EN MEXICO LOS ESTUDIOS SUPERIORES.

El día 18 de Octubre de 1838 principió el Illmo. Sr. Sollano el curso de teología bajo la dirección del Sr. Dr. Don Pedro Rojas y Pérez, que era el profesor de esta facultad en el Seminario de México, estudiando en ese año los tratados "*De Visione*" y "*De Gratia*." El autor de texto que se siguió en todo el curso fué el R. P. Fr. Renato Billuart, al que no obstante que es de los mejores comentadores de la doctrina de Santo Tomás, aquel estudioso discípulo le añadía sus trabajos particulares estudiando también al mismo Doctor Angélico en su inmortal "*Summa theologica*."

En 1839 estudió el segundo año de la facultad teológica, y en él, no obstante que con motivo de la revolución tuvo el Illmo. Sr. Sollano que interrumpir el curso y aun marcharse á mediados del año á su tierra natal, presentó, á más